





Un siglo después, falsos predicadores emponzoñan las puñaladas con que
hirieron la joven carne de nuestros abuelos.



## 1900 SAN PETERSBURGO

## I

En el día más caluroso de junio de 1900 estalló a la vida una nidada de huevos de cisne y, entre ellos, uno de halcón.

No hubo noche, cuentan que el sol calentó hasta la madrugada tanto como el vodka y las ascuas de las incontables hogueras de San Petersburgo.

Para las bodas de Elena Sokolova asaron una ballena que fue repartida plato a plato en el barrio de los marineros.

A media mañana había llegado un tren con el botín de la gran cacería; portaba cientos de renos y jabalíes, miles de liebres y palomas torcaces. Viajaba la gran máquina bajo dos nubes como de tormenta, la del vapor de la locomotora y otra negra con sus tripas repletas de millones de moscas que se añadían al festín de la boda de la hija de Iván Sokolov, Conde Halcón.

Cien patas de ciervo y mil faisanes fueron servidos en vajilla de porcelana de color fucsia para las damas y verde abeto para los aristócratas invitados a las nupcias de la única hija de Iván y la condesa Sarah Sokolova.

Viktor Levidiev, mayordomo de la noble casa, no pudo atender en ese día a la explosión de los huevos de cisne con el del hermano halcón que él mismo había colocado en el nido del ave clueca. Tampoco tuvo tiempo durante la importante celebración para ocuparse de su esposa, Raisa Levidieva, cuyo vientre también se había roto en los fuertes brazos de la matrona para traer a la vida dos mellizos, Irina y Mijaíl.

Durante todas las horas que siguieron hasta que el sol ascendió al centro de la esfera, estallaron las polkas, las botellas de champán, los fuegos artificiales, las carcajadas y algunos amoríos furtivos.

Viktor conoció a sus hijos tres días después y habían transcurrido seis cuando se acercó al matorral de cañas donde piaban los pollitos de cisne cabalgando el lomo de su madre; en el barrizal, dentro de su cascarón roto, hallábase moribundo el recién nacido halcón. El mayordomo lo trasladó a un nuevo y caliente nido en su gorro de piel de foca después de haberle abierto el pico con sus dedos para darle el primer almuerzo que salvaría su vida, un pequeño renacuajo.

En la víspera habían marchado de vuelta los invitados y la mañana de ese día una llovizna destacaba los colores verdes y fucsias de las banderas, los mismos de la alfombra que marcaba el pasillo a los recién casados desde la entrada principal de la casa hasta el carruaje tirado por seis caballos blancos que los esperaba en la explanada.

A los lados de la alfombra estaban en pie los condes, el pope que santificó al nuevo matrimonio y unos pasos atrás Viktor Levidiev, elegantemente vestido con la levita negra alegrada por la dorada botonadura y los colores abeto y fucsia en las bocamangas y hombreras.

El cochero permanecía como un tronco, erecto en el pescante, miraba firme por encima de las orejas de los caballos. Elena besó a sus padres y cruzó delicadamente sus piernas de bailarina en una inclinación respetuosa al pope; después se saltó el protocolo y abrazó a Katia, su doncella, esta aprovechó para ajustar un broche de rubíes, invisible sobre los cabellos de Elena.

Antes de que el mayordomo alcanzase el pomo de la puerta de la calesa, ya la había abierto el capitán de corbeta Kirill Kozlov para que su esposa, ahora Elena Kozlova, saltase al interior en una pirueta de *ballet* que dejó ver sus blancas rodillas.

La nueva familia emprendía un largo viaje de recién casados a Praga, Roma, París...

El halcón se fue plumando y, antes de que terminase el verano, aprendió a dar sus primeros saltos en pequeños vuelos desde el gorro de foca que le había servido de nido hasta la mesa, de una a otra silla... Un día se decidió a salir por la ventana, sembrando el pánico y un guirigay en el gallinero. Más

allá, en el lago, los cisnes se tornaron en esbeltos soldados que guardaban a sus pollitos entre sus alas a modo de coraza.

Viktor ya no le daba de comer en su mano, sino que soltaba cada vez más lejos alguna pequeña culebra o un ratón para que lo cazase Albor.

En otoño regresaron los recién casados. Elena pasaría el invierno en la casa familiar y el capitán Kozlov se iba a incorporar a la flota del Báltico durante varios meses. El conde Iván Ivanovich atracó a la flota pesquera del mar del Norte hasta que se derritieran los hielos en la siguiente primavera.

Katia no veía feliz a su señora; Elena Ivanovna pasaba los días en su estancia. Se preguntaba la doncella: «¿Será mal de amores por la obligada ausencia del esposo?».

No comía su *baryshnya* o, si lo hacía desganada, vomitaba; tampoco salía a pasear ni en los días soleados. Después de un mes, la doncella se decidió a hablar con la condesa.

—Discúlpeme, *gaspazah* Sarah Vasilievna, por el atrevimiento, pero... me temo que la *baryshnya* Elena Ivanovna pueda padecer alguna anemia, además del cansancio después de varios meses de viaje de luna de miel por países salvajes.

Quedó callada unos segundos y prosiguió:

- —En mi ignorancia he pensado que le podría sentar bien si se trasladase de estancia al que fue su dormitorio de soltera, que es más cálido, y además se animará con sus libros, el piano y los ruidos de la casa.
  - -Gracias, Ekaterina; lo hablaré con el conde.
- —*Madame*, como tampoco baila, se me ha ocurrido... si se organizara una fiesta...;Le gustaban tanto antes!;No me haga caso! Soy torpe e imprudente por decir esto estando ausente su esposo, el *bárin* capitán.
- —Puedes retirarte; di al señor Viktor que me avise cuando el conde salga de la sala de lectura.
  - —¡Permítame, gaspazah Sarah!
  - —¿Algo más, manzel?
- —Sí, *madame*, es que... desde que regresó *mademuazel* Elena, no ha manchado los paños íntimos en dos meses.
- —Katia, cenaremos a las siete, de media etiqueta. Más te vale emplear tu palabrería para que no falte a la mesa *mademoiselle*.

\*\*\*

Yuri había servido en el mismo regimiento que Viktor Levidiev; tenía amputado medio pie por una herida emponzoñada y había aprendido el oficio de telegrafista. Detuvo ante la casa Sokolov el modesto carruaje con una rueda de cada clase, quitó el freno de la boca del percherón y le dio a comer una inflorescencia de coliflor.

Se le acercó el mayordomo.

—¿Traes noticias? ¡Más te vale que sean buenas!

El telegrafista cojeó hasta que alcanzaron sus manos la altura donde aguardaba Viktor y le entregó la cuartilla lacrada con el mensaje.

- -¡Habla, Yuri! —le ordenó—. ¿O le doy la tacita de vodka al caballo?
- —Está bien. —Tomó el trago—. El *bárin* Kirill Kozlov anuncia su visita para Navidad.

\*\*\*

En diciembre ya era noche cerrada cuando los esposos Sokolov tomaban la merienda junto a la luz azulada de una lámpara de alcohol que se mezclaba con los destellos rojos de la chimenea.

- —Vanya —dijo Sarah—, me preocupa la melancolía en que está sumida nuestra hija, en los dos meses transcurridos desde que regresó de su viaje de bodas apenas sale de su habitación, habrás visto que muchos días no se sienta a la mesa con nosotros y, cuando lo hace, apenas habla, casi no come, está demacrada, triste...
- —¡No sigas! Es normal que no esté pendiente de fiestas y bailes como antes, ahora es una mujer casada y debe guardar ausencias; así es la vida de las esposas de militares cuando son respetables. No debemos inmiscuirnos en su intimidad y sentimientos, ya no somos su familia más cercana.

La condesa apuró la taza de chocolate belga con leche de yegua; se puso en pie y exclamó con tono tenso:

—¡Está frío!

Tocó una borla, la de color rosa, y un minuto después entró al salón de lectura el ama de llaves.

- —¿Llamó, mademuazel?
- —Zoya, he dispuesto la cena para dentro de una hora; de media etiqueta. Da instrucciones a la doncella para que caldee el vestidor.

El conde estaba pensativo. Rompió su meditación la enfadada esposa.

—Te pondrás un traje oscuro, ¿no?

Viktor había preparado la mesa ovalada para la cena con los platos fucsia para las damas y verde abeto para el *bárin*. En la cubertería de plata se reflejaban las cincuenta incandescencias de cristales de roca de la lámpara de araña. El mayordomo se permitió subir de la bodega dos vinos blancos y otros tintos para que eligiesen cuál abrir.

La primera en entrar al comedor fue la joven señora Elena, el mayordomo la vio más delgada y tenía ojeras.

—Buenas noches. ¿Se sentará ya a la mesa, gaspazah Kozlova?

Elena, distraída, no contestó. Vestía una túnica de color marfil con finos tirantes, dejó caer el chal en el respaldo de una de las sillas con servicios fucsia y se dirigió al ventanal desde donde solo se dejaba ver un cuarto de luna y las tintineantes farolas de gas que marcaban el camino de entrada al palacete de la casa Sokolov o del Conde Halcón.

La espalda desnuda de Elena era de un limpio blanco, como el esbelto cuello, por encima de este, recogido en una trenza que se ovillaba en moño, destellaba su cabello tan rojo como el de su padre. Cuando se dio la vuelta, a Viktor le pareció que brillaban lágrimas en los ojos de su *baryshnya*, como hacía pocos años cuando la niña se disgustaba.

La joven se sentó en la banqueta del piano, desplegó sus manos como puntas de alas hasta la altura de los hombros y desde ahí cayeron violentamente golpeando cada dedo una nota en un estruendo que duró segundos e hizo temblar la cristalería de Bohemia.

El ama hizo alguna secreta señal al mayordomo y este fue presto a abrir las dos hojas de puerta del comedor. Entraron los señores cogidos del brazo y permanecieron quietos hasta que Elena Ivanovna se levantó parsimoniosamente, hizo una respetuosa reverencia y repartió tres besos a cada uno de sus padres. Una vez que se hubieron sentado las damas, Viktor acomodó al conde.

Sarah rompió el silencio:

- —¿Qué estabas tocando al piano?
- —Nada, madre. ¡Solo lo he golpeado!

Elena dejó el primer plato a medio comer, el segundo intacto, bebió tres copas de vino blanco, con lo que acentuó su estado de ausencia.

El mayordomo decidió que era el momento. En una bandeja de nácar colocó el telegrama que previamente había planchado para quitarle cualquier arruga después de haber pasado el día alojado en su levita. Se situó a la izquierda del conde.

— Gaspodín Sokolov: el telegrafista lo trajo al atardecer.

Iván se extrañó y sus arrugas de casi cincuenta años dejaron ver cómo serán dentro de veinte. Viktor le ofreció el abrecartas.

—¡Ábrala usted! Y sírvame vino tinto; que estos mensajes diabólicos nunca se sabe qué nos traerán.

El sirviente ofreció antes el vino a las señoras, la condesa Sarah no lo probó, Elena aceptó una cuarta copa. También había previsto facilitar a su señor el monóculo que ya traía colocado sobre una miniatura de cojín de terciopelo.

Leyó el conde:

A LA QUERIDA FAMILIA SOKOLOV Y A MI ADOR ADA ELENA: ME ENCUENTRO DE PASO EN MOSCÚ A LA ESPERA DE MISIÓN MILITAR EN EL MAR NEGRO QUE SE DESARROLLARÁ EN ENERO / HE SOLICITADO UN PERMISO PARA DISFRUTAR EL DÍA DE NAVIDAD CON MI QUERIDA ESPOSA Y ESTE ME HA SIDO CONCEDIDO SALVO DISPOSICIÓN EN CONTRARIO DEL ALTO MANDO POR CIRCUNSTANCIAS QUE PUDIERAN SOBREVENIR EN ESTOS TIEMPOS CONVULSOS.

RECIBAN MI CONSIDER ACIÓN LOS HONOR ABLES CONDES Y TODO MI AMOR A MI QUERIDÍSIMA ESPOSA.

CAPITÁN KIRILL KOZLOV

Elena no movió ni un músculo de su rostro, bajo el mantel sus uñas se clavaron en los muslos hasta hacer saltar la sangre sobre la piel blanca. En un espejismo, al levantarse, derramó el vino rojo sobre el mantel. La *baryshnya* se dirigió a Viktor:

—Por favor, haga venir a Ekaterina.

Miró a sus padres para despedirse, guardando las buenas maneras.

—¿Me permitís retirarme? Es tarde, estoy cansada.

Y para seguir con los modales correctos, dijo sin ningún énfasis:

—Qué buena noticia...